

do de aquellas magnificencias y deplorando la manía de Pons, había inculcado á la portera su desprecio por aquellas anticuallas y había evitado durante mucho tiempo toda invasión en el museo Pons.

Desde que Pons estaba en la cama, Smuke le reemplazaba en el teatro y en los colegios. El pobre alemán, que no veía á su amigo más que por la mañana y á la hora de comer, procuraba atender á todo, conservando su común clientela. Pero todas sus fuerzas estaban absorbidas por el gran dolor que le anonadaba. Al ver á aquel pobre hombre tan triste, los alumnos y las gentes de teatro, sabedores por él de la enfermedad de Pons, le pedían noticias suyas, y la pena del pianista era tan grande, que obtenía de los indiferentes la misma mueca de sensibilidad que se concede en París á las mayores catástrofes. El principio mismo de la vida del buen alemán, estaba tan atacado como Pons. Smuke sufría á la vez su dolor y la enfermedad de su amigo. Hablaba de Pons durante la primera mitad de la lección que daba, é interrumpía tan sencillamente una demostración para preguntarse cómo estaría su amigo, que las jóvenes alumnas no le oían á veces hablar de otra cosa más que de la enfermedad de aquél. Entre lección y lección, corría á la calle de Normandía para ver á Pons durante un cuarto de hora. Asustado del vacío de la caja social y alarmado por la señora Cibot, que hacía quince días que aumentaba cuanto podía los gastos de la enfermedad, el profesor de piano sentía sus angustias dominadas por un valor de que nunca se hubiera creído capaz. Por la primera vez en su vida deseaba ganar dinero para que este elemento no faltase en la casa. Cuando alguna alumna, verdaderamente conmovida ante la situación de los dos amigos, le preguntaba á Smuke cómo podía dejar solo á Pons, aquél le respondía con la sublime sonrisa de los engañados:

—Señoguita, tenemos á la *señoga* Cibot, un *tesoglo*, una *pegla*. Pons está cuidado como un príncipe.

Desde que Smuke trotaba por las calles, la Cibot quedaba dueña de la casa y del enfermo. Ahora bien, ¿cómo Pons, que no había comido nada en quince días, y que estaba tan débil que tenía que ser ayudado por la Cibot para levantarse y sentarse en una poltrona mientras le hacían la cama, había de poder vigilar á aquel titulado ángel guardián?

Como es natural, la Cibot había ido á casa de Elías Magus durante el almuerzo de Smuke, y volvió en el momento en que el alemán se despedía del enfermo; pues desde la revelación de la fortuna posible de Pons, la portera no dejaba á su solterón, se hundía en una buena poltrona colocada á los pies de la cama y le daba la conversación que suelen dar esa clase de mujeres. Insinuante, cariñosa, atenta é inquieta, la Cibot iba conquistando el afecto del buen Pons con una astucia maquiavélica, como se va á ver.

## CAPÍTULO XV

### Charla y política de las porteras viejas

Asustada por la predicción del gran juego de la señora Fontaine, la Cibot se había prometido á sí misma lograr sus deseos por medios suaves, con maldad puramente moral, logrando que su señor la dejase heredera. Como había ignorado durante diez años el valor del museo Pons, la Cibot se consideraba merecedora de recompensa por aquellos diez años de apego, de probidad y de desinterés. Desde el día en que Remonencq había hecho brotar con sus palabras en el corazón de aquella mujer el deseo de ser rica, todos los malos deseos acudían á su mente.

—Bueno, ¿ha bebido bien nuestro querubín? ¿está mejor?

—No muy bien, mi *queguida señoga* Cibot—respondió el alemán enjugándose una lágrima.

—¡Bah! no se alarme usted tanto, mi querido señor, hay que tener paciencia... Aunque Cibot estuviese en la muerte, yo no estaría tan desolada como usted. Vaya, nuestro querubín tiene buena constitución. Además, parece que ha sido juicioso, y no sabe usted cuánto viven las gentes juiciosas. Es verdad que está muy enfermo; pero con los cuidados que yo tengo de él, lo sacaré adelante. Esté usted tranquilo, vaya á sus negocios, que yo le haré compañía y le obligaré á beber su agua de cebada.

—Sin usted me *moguigula* de inquietud—dijo Smuke estrechando entre sus manos, sin desconfianza, la mano de su buena portera.

La Cibot entró en el cuarto de Pons enjugándose los ojos.

—¿Qué tiene usted, señora Cibot?—dijo Pons.

—Ese señor Smuke me mata, porque le llora á usted como si estuviese ya muerto. Aunque no esté usted bien, tampoco está tan mal para que se le lllore... Pero en fin, ¡me hacen tanto efecto estas cosas! ¡Dios mío! ¿por qué seré tan tonta para tomarles ley á las gentes de este modo y para quererle á usted más que á Cibot? porque, después de todo, usted no me es nada, y sólo somos parientes por parte de Eva; pero, se lo juro, cuando se trata de usted, me siento trastornada, me dejaría cortar la mano, la izquierda, se entiende, por verle yendo y viniendo como de ordinario. ¡Cál si yo hubiese tenido un hijo, no le hubiera querido tanto como le quiero á usted. Vamos, querido mío, beba usted un vaso lleno. Vamos, señor, ¿quiere usted beber? En primer lugar, el señor Poulain ha dicho: «Si el señor Pons no quiere ir al cementerio, tiene que beber al cabo del día tantos vasos de agua como bebe un auvernés». Conque así, beba usted, vamos.

—Mi buena Cibot, bebo tanto y tanto, que tengo el estómago encharcado.

—¡Oh! esto es bueno—dijo la portera tomando un vaso vacío.—Así se salvará usted. El señor Poulain tenía un enfermo como usted que se vió abandonado por sus hijos y sin cuidados, y murió de esta enfermedad por no haber bebido. Lo enterraron hace dos meses. Conque, hay que beber, hermoso mío. ¿Sabe usted que si muriese no tardaría en seguirle el buen Smuke? Querido mío, á fe que es como un niño ese hombre. ¡Ah! ¡cuánto le quiere! No, jamás una mujer ama á un hombre de ese modo. En estos quince días que lleva usted enfermo, ha adelgazado tanto como usted; de suerte que solo le quedan la piel y los huesos... Y esto me da envidia, porque yo le quiero á usted mucho, pero no tanto... No he perdido el apetito, al contrario, como tengo que subir y bajar á cada paso, siento gran cansancio en las piernas y por la noche caigo en la cama como una masa de plomo. Y mire, por usted abandono á Cibot, que está cuidado por la Remonencq y que lo encuentra todo malo porque no me tiene á mí. Para calmarle, le digo que es preciso sufrir por los otros y que usted está demasiado enfermo para que yo le abandone... que necesita usted una enfermera y que

yo no podría sufrir que viniese aquí un extraño cuidándoles, como les cuido, desde hace diez años. Además, que esas gentes comen como diez y quieren vino, azúcar, golosinas, sin contar con que roban á los enfermos cuando éstos no les dejan nada en el testamento... Ponga usted aquí una enfermera, y mañana ya encontraríamos un cuadro ó un objeto de menos.

—¡Oh! señora Cibot—exclamó Pons fuera de sí,—no me abandone usted, que no me toquen nada.

—Ya estaré yo aquí—respondió la Cibot,—y no tenga cuidado, que estaré mientras me queden fuerzas. El señor Poulain, que tal vez tiene miras acerca de su tesoro, quería traer una enfermera; pero yo le he fastidiado diciéndole: «Sólo yo puedo cuidar al enfermo, porque conozco su carácter y él el mío», y entonces se calló. ¡Oh! las enfermeras todas son muy ladronas. No sé por qué odio á esas mujeres. Va usted á ver si son intrigantes. Un señor viejo (advierta usted que esto me lo ha contado el señor Poulain). Bueno, pues, una tal señora Savatier, mujer de unos treinta y seis años, que tenía una tienda en el Palacio, ¿sabe usted aquella galería del Palacio que echaron abajo?

Pons hizo un signo afirmativo.

—Bueno; pues aquella mujer se arruinó por causa de su hombre, que se lo bebía todo y que reventó de una borrachera; pero ella ha sido guapa, hay que confesarlo, bien es verdad que le ha valido poco, á pesar de haber sido amiga de abogados... Pues bueno, en la desgracia se hizo enfermera y vive ahora en la calle de Barre-du-Bec. Velando á un señor anciano que, con perdón sea dicho, tenía una enfermedad en las *vidas lurinarias* y que le sondaban como á un pozo artesiano y que exigía grandes cuidados, la mujer dormía en un catre en el cuarto de este señor. Pues bien, ¿habrá quién lo crea? usted me dirá: «Los hombres son unos egoístas, no respetan nada». En fin, hablando con él, ¿comprende usted? como estaba allí siempre, lo contentaba, le contaba historias y estaba como estamos nosotros aquí ahora. De pronto sabe que sus sobrinos (el enfermo tenía sobrinos) eran unos monstruos, que le causaban muchos disgustos y que su enfermedad provenía de sus sobrinos. Pues bien, mi querido señor, ella salvó á aquel hombre, se casó con él y tienen un hijo que es guapísimo y que fué apadrinado por la señora Bordevin, la carnicera de la calle Charlot, que

por cierto es parienta suya... ¡Eso sí que es tener suerte! Yo soy casada... pero no tengo hijos, y puedo asegurarlo, la culpa es de Cibot, que me quiere demasiado, porque si yo quisiese... pero en fin, no quiero hablar más. Aunque Cibot y yo hubiéramos tenido familia, estaríamos como ahora, que no tenemos un céntimo después de treinta años de probidad, mi querido señor. Lo único que me consuela es que no debo un céntimo á nadie y que jamás he hecho daño á nadie... Mire usted, aunque dentro de seis semanas estará usted ya bueno correteando por esas calles, si, por una suposición, me dejare usted algo en su testamento, yo no pararía hasta encontrar á sus herederos para devolverles lo que usted me dejase... Tanto temo tener nada mío que no sea ganado con el sudor de mi frente. Usted me dirá: «Pero, señora Cibot, no se atormente de ese modo, usted se lo ha ganado bien, usted ha cuidado á esos señores como si fueran hijos suyos, usted les ha ahorrado mil francos anuales»; porque en mi lugar, señor, habría muchas cocineras que tendrían diez mil francos ahorrados. Y aunque me dijese: «¿No es de justicia que si ese digno señor le deja una rentita...?». Yo no, soy muy desinteresada. Yo no soy como esas mujeres que hacen el bien por interés. Y eso no es hacer el bien, ¿verdad, señor? Yo no voy á la iglesia porque no tengo tiempo, pero mi conciencia me dice lo que está bien hecho. Pero no se agite usted de ese modo, gatito mío, no se rasque. ¡Dios mío! ¡qué amarillo se pone! Está usted tan amarillo, que se pone negro. ¡Qué raro es eso de volverse en veinte días amarillo como un limón... La probidad es el tesoro de los pobres. Sin embargo, es preciso poseer alguna cosa. En primer lugar, aunque llegase usted al último extremo, supongamos, yo sería la primera en decirle que diese al señor Suke todo lo que le pertenece. Es de su deber, porque él solo constituye toda su familia. Ese le quiere á usted como un perro á su amo.

—¡Ah! sí—dijo Pons,—en mi vida he sido amado más que por él.

—¡Ah! señor—dijo la señora Cibot.—Eso no es cortés. Y yo, ¿no le quiero á usted?

—Yo no digo eso, mi querida señora Cibot.

—Bueno, ¿va usted á tomarme por una criada, por una cocinera ordinaria como si no tuviese corazón? ¡Ah! ¡Dios mío! reviéntese usted once años por dos solterones, no se

ocupe más que en su bienestar, yo que lo removía todo en las tiendas hasta que me insultaban para encontrar buen queso de Brie, yo que iba hasta el mercado para traerles manteca fresca, y cuídelo usted todo de tal modo que en diez años no les he roto nada, sea usted una madre para sus hijos, y total, ¿para qué? para oirse decir *mi querida señora Cibot* de un modo que prueba que no hay un sentimiento para una en el corazón de un señor á quien cuida como el hijo de un rey, pues el rey pequeño de Roma no ha estado tan cuidado como usted... ¿Quiere usted apostar á que no ha estado cuidado como usted? La prueba es que murió en la flor de la edad. Mire, señor, no es usted justo... Es usted un ingrato. Sí, ya veo, lo hace porque soy una pobre portera. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿De modo que también usted cree que nosotros somos perros?

—Pero mi querida señora Cibot...

—En fin, usted que es un sábio, explíqueme por qué nos vemos tratados de este modo nosotros los porteros, que somos la burla de todos y que nadie nos cree con sentimientos en una época en que se habla de igualdad. ¡Cómo! ¿no valgo tanto como otra mujer, yo que he sido una de las mujeres más guapas de París, que me llamaban *la hermosa ostrera* y que recibía siete ú ocho declaraciones amorosas diarias?... Y si yo quisiese, todavía... Mire, señor, usted conoce á ese tendero que hay en el portal. Pues bien, si yo quedase viuda, por una suposición, se casaría conmigo con los ojos cerrados, y está tan entusiasmado, que todos los días me dice: «¡Oh! ¡qué brazos más hermosos tiene usted, señora Cibot!... Esta noche soñaba que eran pan y yo manteca y que me extendía sobre ellos». Mire usted, señor, mire qué brazos.

Y remangándose, enseñó el brazo más hermoso del mundo, tan blanco y tan fresco como encarnada y arrugada era su mano; un brazo rechoncho con hoyuelos que, sacado de la manga de lino como se saca una hoja de la vaina, tenía que destumbrar á Pons, el cual no se atrevió á contemplarlo mucho tiempo.

—Y no crea usted, que han abierto tantos corazones como otras abría mi cuchillo. Pero es de Cibot. Y he cometido la falta de abandonar á ese pobre hombre, que se arrojaría á un precipicio por mí para cuidarle á usted, que me llama *mi querida señora Cibot*, cuando yo haría imposibles por curarle.

—Pero, escúcheme—dijo el enfermo.—Yo no puedo llamarla mi madre ni mi mujer.

—No, jamás de mi vida, nunca le tomaré cariño á nadie.

—Pero, déjeme usted decirle—repuso Pons.—En primer término, he hablado de Smuke.

—¿El señor Smuke? ese sí que tiene corazón, ese sí que me quiere porque es pobre. La riqueza es lo que hace insensible, y usted es rico. En fin, tome usted una enfermera y ya verá qué hermosa vida le da, cómo le atormentará como á un insecto... El médico dirá que es preciso darle á usted de beber, y ella no le dará nada de comer, le enterrará para robarle. No merece usted tener una señora Cibot. Anda, cuando el señor Poulain venga, pídale una enfermera.

—Pero, demonio, escúcheme usted—exclamó el enfermo furioso.—Al hablar de mi amigo Smuke, yo no hablaba de mujeres. Yo ya sé que los únicos corazones que me quieren sinceramente son el suyo y el de Smuke.

—¿Quiere usted hacerme el favor de no irritarse de ese modo?—gritó la Cibot precipitándose sobre Pons y haciéndole acostarse á la fuerza.

—Pero ¿cómo no he de querer á usted?—dijo el pobre Pons.

—¿Me quiere usted de veras? Vamos, vamos, dispéñeme, señor—dijo llorando y enjugándose los ojos.—Bueno, sí, usted me quiere como se quiere á un criado á quien se da una renta vitalicia de seiscientos francos, como quien arroja un pedazo de pan á un perro.

—¡Oh! señora Cibot, ¿por quién me toma? Usted no me conoce.

—¡Ah! ¿me quiere usted más aún?—repuso recibiendo una mirada de Pons.—¿Quiere usted como una madre á la señora Cibot? Bueno, así me gusta. Yo soy su madre, como ustedes son mis hijos. ¡Ah! si yo conociese á los que le han disgustado á usted, iría á la cárcel, porque les arrancarían los ojos. Esas gentes merecen morir, y aun digo poco. Usted tan bueno, tan cariñoso, porque usted tiene un corazón de oro y ha sido criado y echado al mundo para hacer á una mujer feliz. Sí, usted la hubiese hecho feliz. Se ve que usted ha sido creado para eso. Al principio yo, viendo como obraba usted con el señor Smuke, decía: «No, el señor Pons se ha equivocado, porque ha nacido para ser un buen marido», porque á usted le gustan las mujeres, ¿verdad?

—¡Ah! sí—dijo Pons;—y nunca he tenido ninguna.

—¿De veras?—añadió la Cibot con aire provocativo aproximándose á Pons y tomándole la mano.—Usted no sabe lo que es tener una querida capaz de hacer lo imposible por su amigo. ¡Quién lo creyera! Yo, en su lugar, no querría irme de este mundo sin haber conocido la mayor dicha que hay en la tierra. ¡Pobrecillo! Si yo fuese lo que he sido, palabra de honor, dejaría á Cibot por usted. Pero con un corte de nariz como ese, porque tiene usted una nariz deliciosa, ¿cómo ha hecho usted para estar así, querubín mío...? Usted me dirá que no todas las mujeres entienden en hombres y que es una pena ver cómo se casan á tontas y á locas. Yo le creía á usted con queridas á docenas, bailarinas, actrices, duquesas, y se las creía á causa de sus ausencias. Cuando le veía salir, siempre le decía á Cibot: «Mira, el señor Pons ya se va á correrla». Palabra de honor, tan amado le creía por las mujeres, que yo me decía esto. El cielo le ha creado para el amor. Mire usted, señor, noté esto el día que comió usted aquí por primera vez. ¡Oh! Estaba usted conmovido al ver el placer que le causaba á Smuke, y él, el pobre, al día siguiente aun lloraba diciéndome: «Señora Cibot, ha comido aquí.» Lloraba tanto, que hasta á mí me hizo llorar como una tonta. ¡Y qué triste se puso cuando usted reanudó sus salidas y sus comidas fuera de casa! ¡Pobre hombre! Jamás vi desolación igual. ¡Ah! ¿qué razón tenía usted en hacerle su heredero! ¡Ah! sí, ese pobre hombre es toda una familia para usted... No lo olvide, porque si no Dios no le recibiría en el paraíso, donde no permite entrar á los que no han sido agradecidos con sus amigos dándole sus rentas.

Pons hacía vanos esfuerzos para responder, pues la Cibot hablaba como un sacamuelas. Podrá haber medios de detener á las máquinas de vapor; pero el medio de detener la lengua de una portera agotará el genio de los inventores.

—Ya sé lo que va usted á decirme—repuso la Cibot;—pero, señor mío, el hacer testamento no mata á nadie. Pero yo, en su lugar, no querría abandonar á ese pobre cordero, que es bueno como el pan y que no conoce la vida. No querría dejarle á merced de los hombres de negocios, que son unos ratas, y de sus canallas parientes. Vamos á ver, ¿ha venido á verle alguien en veinte días que está enfermo? ¿Y

sería usted capaz de dejarles sus bienes? ¿Sabe usted que dicen que lo que hay aquí vale la pena?

—Ya lo creo—dijo Pons.

—Remonencq, que le conoce por un aficionado y que trata en eso, dice que le daría á usted treinta mil francos de renta vitalicia si le dejase usted los cuadros. En su lugar, yo lo haría. Eso sí que es un negocio. Pero cuando me dijo esto yo creí que se burlaba de mí. Debería usted advertir á Smuke del valor de todo eso, porque á él le engañarían como á un niño, pues no tiene la menor idea de lo que valen las hermosas cosas que tiene usted. Lo sospecha tan poco, que los daría por un pedazo de pan, eso si no las guardaba toda su vida por amor á usted, si es que le sobrevive, pues yo creo que se morirá cuando usted muera. Pero ya estoy aquí yo. Cibot y yo lo defenderemos contra todos.

—Querida señora Cibot—respondió Pons enternecido al oír esta espantosa charla, que parecía engendrada por sentimientos tan sencillos como suelen serlo los del pueblo;—¿qué habría sido de mí sin usted y sin Smuke?

—¡Ah! ¡qué cierto es que somos sus únicos amigos en la tierra. Pero dos buenos corazones valen tanto como todas las familias... Mas no hablemos de la familia, porque, según dice un antiguo autor, es como la lengua, que puede ser lo mejor y lo peor. Pero ¿dónde están sus parientes? ¿los tiene usted acaso? Yo no los he visto nunca.

—Ellos son los que me han acarreado la enfermedad—exclamó Pons con profunda amargura.

—¡Ah! ¿tiene usted parientes?—dijo la Cibot levantándose como si el asiento hubiese sido un hierro candente.—Pues sí que son buenos sus parientes. ¡Cómo! hace ya veinte días, sí, veinte días esta mañana, hace veinte días que está usted á la muerte y aun no han venido á pedir noticias suyas? La cosa pasa de raya, sí que son buenos parientes. Yo en su lugar, antes dejaría mi fortuna al hospicio, que dejarles un céntimo á ellos.

—Pues mire usted, señora Cibot, yo quería dejarle todo lo que poseo á mi prima segunda, la hija de mi primo hermano el presidente Camusot. Ya lo conoce usted, el magistrado que vino una mañana hace dos meses.

—¡Ah! ¿uno recordete que envió sus criados para que le pidiesen perdón por la tontería de su mujer... que la camarera me hizo preguntas acerca de usted... una vieja remilgada

que me dieron ganas de darle con la escoba al verla con su cuerpo de terciopelo? ¡Habrás visto alguna vez una camarera con cuerpo de terciopelo! Pero, ¡bah! si el mundo está al revés. ¿De qué han servido las revoluciones? Yo creo que las leyes son inútiles y que no hay nada sagrado si Luis Felipe no mantiene las categorías; porque, en fin, si somos todos iguales, ¿verdad, señor? una camarera no debe tener un cuerpo de terciopelo cuando yo, la señora Cibot, con treinta años de probidad no puedo llevarlo... Una camarera es una camarera, como yo soy una portera. ¿Por qué llevan uniforme los militares? cada cual lo que le corresponde. ¿Quiere usted que le diga el final de todo esto? Pues bien, que Francia está perdida. ¿Verdad, señor, que en tiempo del Emperador no iban las cosas así? Por eso yo le dije á Cibot: «Mira, Cibot, una casa donde hay camareras con cuerpo de terciopelo, deben ser gentes sin entrañas.»

—Eso, sin entrañas—repitió Pons.

Y Pons contó sus penas á la señora Cibot, que se deshizo en invectivas contra los parientes, afectando la más excesiva ternura á cada frase de aquel triste relato. En fin, hasta lloró.

Para concebir aquella intimidad súbita entre Pons y la señora Cibot, basta figurarse la situación de un solterón gravemente enfermo por la primera vez en su vida, tendido sobre el lecho del dolor, solo en el mundo, teniendo que pasar el día sumido en sus reflexiones y encontrando el día tanto más largo, cuanto que en medio de los horribles sufrimientos del hígado, que ennegrecen la vida más hermosa, y privado de sus numerosas ocupaciones, cae del marasmo parisiense y echa de menos todo lo que se ve gratis en París. Esta soledad profunda y tenebrosa, este dolor cuyos ataques alcanzan más á la parte moral que á la física, todo lleva á un solterón, sobre todo cuando es ya débil de carácter y su corazón es sensible y crédulo, á sentir afecto por el ser que le cuida y á cogerse á él como un ahogado á una tabla. Así, pues, Pons escuchaba las charlas de la Cibot con verdadero encanto. Smuke, la señora Cibot y el doctor Poulain era para él la humanidad entera, como su cuarto era el universo. Si todos los enfermos concentran ya su atención en la esfera que abrazan sus miradas, y si su egoísmo se ejerce en torno de ellos subordinándose á los seres y á las cosas de un cuarto, que se juzgue de lo que es capaz un solterón sin afectos y que no

ha conocido el amor. En veinte días, Pons había tenido momentos en que llegó á sentir el no haberse casado con Magdalena Vivet, y durante aquel tiempo la señora Cibot hacia inmensos progresos en el ánimo del enfermo, que se consideraba perdido sin ella, y no decimos nada de Smuke, porque Smuke era un segundo Pons para el enfermo. El arte prodigioso de la Cibot consistía en expresar sin darse cuenta las propias ideas de Pons.

—¡Ah! ahí está el doctor - dijo la portera al oír sonar la campanilla.

Y dejó solo á Pons, porque sabía que los que llamaban eran el judío y Remonencq.

—Señores, no hagan ustedes ruido, que no note la presencia de ustedes, porque cuando se trata de sus tesoros es como el viril.

—Un sencillo paseo bastará—respondió el judío, que iba armado de una lente y de un monóculo.

## CAPITULO XVI

### Corrupción parlamentada

El salón donde se hallaba la mayor parte del museo Pons era uno de aquellos salones de los que concebían los arquitectos empleados por la nobleza francesa, de veinticinco pies de ancho, treinta de largo y trece de alto. Los cuadros que poseía Pons, en número de sesenta y siete, ocupaban las cuatro paredes de aquel salón. Catorce estatuas se levantaban sobre unas columnas, ya en los ángulos, ya entre los cuadros. Unos armarios de ébano regiamente labrados guardaban la parte baja de las paredes encerrando multitud de curiosidades. En medio del salón, una línea de credencias de madera labrada ofrecía á las miradas las rarezas más grandes del trabajo humano: marfiles, bronces, maderas, esmaltes, grabados, porcelanas, etc.

Tan pronto como el judío entró en aquel santuario, se encaminó directamente hacia cuatro obras de arte que parecían las más hermosas de la colección y que llevaban firmas que él no poseía. Aquello era para él lo que son para

los naturalistas esos *desiderata* que les hacen emprender viajes á los trópicos, á los desiertos, á las pampas, á las sabanas, á los bosques vírgenes. El primer cuadro era de Sebastián del Piombo, el segundo de Fra Bartolomeo de la Porta, el tercero un paisaje de Hobema, y el último un retrato de mujer por Alberto Durer, ¡cuatro diamantes! En el arte pictórico, Sebastián del Piombo es un punto brillante que resume las eminentes cualidades de tres escuelas. Pintor de Venecia, fué á Roma á coger el estilo de Rafael, bajo la dirección de Miguel Angel, que quiso que compitiese con Rafael luchando en la persona de uno de sus alumnos contra aquel soberano pontífice del arte. Así, aquel perezoso genio ha fundido el calor veneciano, la composición florentina y el estilo rafaelesco en los raros cuadros que se ha dignado pintar, cuyos dibujos eran, al parecer, de Miguel Angel. Así, puede verse á qué perfección ha llegado aquel hombre provisto de esta triple fuerza cuando se estudia en el Museo de París el retrato de Baccio Bondinelli, que puede ser comparado con el hombre del guante de Ticiano, con el retrato de anciano en el que Rafael unió su perfección á la de Corregio y con el Carlos VIII de Leonardo de Vinci, sin que aquella tela salga desairada con la comparación. Estas cuatro perlas ofrecen el mismo colorido, el mismo oriente, la misma redondez, el mismo valor. El arte humano no puede ir más allá, pues es superior á la naturaleza, que sólo ha hecho vivir un momento al original. De este gran genio, de esta paleta inmortal, Pons poseía un caballero de Malta orando, pintado sobre pizarra, de una frescura, de un acabado y de una profundidad superior aún á las cualidades del retrato de Baccio Bondinelli. El Fra Bartolomeo, que representaba una Sagrada Familia, muchos inteligentes lo hubieran tomado por un cuadro de Rafael. El Hobbema debía alcanzar en venta pública el precio de sesenta mil francos. Respecto al Alberto Durer, aquel retrato de mujer, era semejante al famoso Holzschuer de Nuremberg por el que han ofrecido en vano doscientos mil francos varias veces los reyes de Baviera, de Holanda y de Prusia. ¿Es la mujer ó la hija del caballero Holzschuer la que fué retratada por Alberto Durer?... La hipótesis parece una certidumbre, pues la mujer del museo Pons está en una actitud que hace suponer una pareja, y las armas pintadas están dispuestas del mismo modo en uno y otro retrato. En fin, el *atatis sue* XLI está en perfecta ar-

monía con la edad indicada en el retrato tan religiosamente guardado por la casa Holzschuer de Nuremberg, el cual retrato ha sido recientemente acabado.

Elías Magus se sintió conmovido hasta llorar al contemplar sucesivamente aquellas cuatro obras maestras.

—Le doy á usted dos mil francos de gratificación por cada uno de estos cuadros si me los hace usted adquirir por cuarenta mil—dijo á la Cibot al oído, estupefacta ante aquella fortuna caída del cielo.

La admiración, ó mejor dicho, el delirio del judío había producido tal desarraigo en su inteligencia y en sus avariadas costumbres, que el hombre, como se ve, se había ido de la lengua.

—¿Y yo?—dijo Remonencq, que no entendía en cuadros.

—Todo es aquí del mismo valor—replicó astutamente el judío al oído del auverniano.—Toma diez cuadros al azar y en las mismas condiciones, y habrás hecho tu fortuna.

Se miraban aún aquellos tres ladrones, cuando la voz del enfermo resonó y vibró en sus oídos como un campanillazo.

—¿Quién está ahí?—gritaba Pons.

—Pero, señor, acuéstese usted—dijo la Cibot encaminándose hacia el enfermo y obligándole á meterse en la cama. ¡Ay, Dios mío! ¿quiere usted matarse? No es el señor Poulain, es ese buen Remonencq, que está inquieto por usted y viene á saber noticias tuyas. Es usted tan querido, que toda la casa se interesa por usted. Pero ¿qué teme?

—Me parece que había ahí varias personas—dijo el enfermo.

—¿Varias? Eso sí que es bueno. ¡Ay! ¡ay! ¿ya sueña usted? Palabra de honor que acabará por volverse loco. Mire usted, mire—añadió la Cibot yendo á abrir la puerta y haciendo una seña á Magus de que se retirase y á Remonencq de que entrase.

—Mi querido señor, vengo á saber noticias tuyas, pues toda la casa está con ansia por usted—dijo el auvernés.—A nadie le gusta que la muerte se meta en las casas. Además, el papá Monistrol, á quien ya conoce usted bien, me ha encargado que le dijese que si necesitaba usted dinero, él lo tiene á su disposición.

—Le envía á usted para que dé una mirada á mis antigüedades—dijo el anciano coleccionista con una acritud llena de desconfianza.

En las enfermedades del hígado, los enfermos contraen casi siempre una antipatía especial, momentánea, y concentran su mal humor en un objeto ó en una persona cualquiera. Ahora bien, Pons se figuraba que ambicionaban su tesoro, tenía la idea fija de vigilarlo y enviaba de cuando en cuando á Smuke para ver si alguien se había deslizado en el santuario.

—Su colección es bastante buena para excitar la ambición de los anticuarios—respondió Remonencq con astucia.—Yo no entiendo de antigüedades, pero el señor pasa por ser tan inteligente, que yo le compraría con los ojos cerrados... Si el señor necesita algún dinero, porque nada cuesta tanto como estas malditas enfermedades... Mi hermana ha gastado seis reales de remedios en diez días, sin necesidad, porque lo mismo hubiera curado. Los médicos son unos bribones que se aprovechan de nuestro estado para...

—Adiós, gracias, señor—dijo Pons al tendero dirigiéndole inquietas miradas.

—Voy á acompañarle para que no toque nada—dijo la Cibot en voz baja al enfermo.

La Cibot cerró las puertas del dormitorio, despertando así la desconfianza de Pons, y encontró á Magus inmóvil ante los cuatro cuadros. Aquella inmovilidad, aquella admiración, sólo pueden ser comprendidas por aquellos cuya alma está abierta para el bello ideal, para el sentimiento inefable que causa la perfección en el arte; por aquellos que permanecen plantados horas enteras en el Museo ante la Joconda, de Leonardo de Vinci, ante el Antiope, de Corregio, ante la querida del Ticiano, la Sagrada Familia, de Andrea del Sarto, los Niños rodeados de flores, del Dominiquín, el pequeño Camafeo, de Rafael, y su retrato de anciano, las obras más inmensas de arte.

—Váyase usted sin hacer ruido—le dijo la portera.

El judío fué reculando lentamente, contemplando los cuadros como contempla un amante á su querida al despedirse de ella. Cuando el judío estuvo en el descansillo, la Cibot, sorprendida al ver cómo contemplaba Magus aquellas obras, le dió un golpecito en su seco brazo diciéndole:

—Si no me da usted cuatro mil francos por cada cuadro, no haremos nada.

—¡Soy tan pobre!—dijo Magus.—Si yo deseo esas telas, es por amor, únicamente por amor al arte, hermosa señora.

—Estás tan seco, amigo mío, que concibo ese amor—dijo

la portera.—Pero si no me prometes hoy diez y seis mil francos delante de Remonencq, mañana te pediré veinte.

—Prometo los diez y seis—respondió el judío asustado ante la avidez de la portera.

—¿Por quién le haría jurar yo á un judío?—dijo la Cibot á Remanencq.

—Ya puede usted fiarse de él, es tan honrado como yo—respondió el auvernés.

—Y usted—preguntó la portera;—¿cuánto me dará si le proporciono la venta de los cuadros?

—La mitad de los beneficios—dijo inmediatamente Remonencq.

—Prefiero una suma determinada, porque yo no soy comerciante—respondió la Cibot.

—Veo que entiende usted perfectamente los negocios y que haría una buena comerciante—dijo Elías Magus sonriéndose.

—Le ofrezco que se asocie conmigo en cuerpo y bienes—dijo el auvernés golpeando suavemente el rechoncho brazo de la Cibot;—y no le exijo más capital que su belleza. Hace usted mal en querer tanto á ese turco de Cibot, ¿acaso puede un portero enriquecer á una mujer hermosa como usted? ¡Ah! ¡qué buena figura haría en una tienda de antigüedades tratando con los aficionados y procurando engañarles! Cuando hayamos hecho aquí nuestro negocio, deja usted su portería y ya verá lo que llegaremos á ser los dos.

—¡Hacer mi negocio!—dijo la Cibot.—Yo soy incapaz de tomar de aquí el valor de un alfiler, ¿lo oye usted, Remonencq?—exclamó la portera.—Todo el mundo me tiene por mujer honrada.

Los ojos de la Cibot despidieron chispas.

—Tranquilícese usted—dijo Magus.—Este auvernés parece amarla á usted demasiado para querer ofenderla.

—¿Cómo engatusaría á los parroquianos!—exclamó el auvernés.

—Sean ustedes justos, hijos míos—repuso la señora Cibot más calmada,—y juzguen ustedes mismos mi situación aquí. Hace diez años que me extermino el temperamento por esos dos solterones sin que nunca me hayan dado más que palabras... Remonencq le dirá que yo doy de comer á estos dos viejos, perdiendo con ellos más de seis reales diarios y habiendo consumido todas mis economías. Sí, sí, lo juro por el alma de mi madre, único autor de mis días á quien he

conocido. Tan cierto como vivo y que el café me sirva de veneno si miento en lo más mínimo. Pues bien, aquí está uno que va á morir y que es el más rico de los dos. Mi querido señor, ¿creería usted que hace veinte días que yo le repito que está á la muerte (pues el señor Poulain lo ha condenado), y sin embargo no habla de dejarme nada en su testamento, lo mismo que si no me conociese? Palabra de honor que no obtendré lo que me debe á no ser tomándomelo, porque, ¡vaya usted á fiarse de los herederos! A decir verdad, el mundo está lleno de canallas.

—Es verdad—dijo burlonamente Elías Magus.—Pero nosotros somos gente honrada—añadió mirando á Remonencq.

—Déjeme usted—repuso la Cibot;—yo no hablo de ustedes. Les juro que esos dos señores me deben ya cerca de tres mil francos. Lo poco que poseo lo he empleado ya en medicamentos y en sus cosas, y si luego no quisiese reconocer mis anticipos... Soy tan tonta con mi probidad, que no me atrevo á hablarles de esto. Vamos á ver, mi querido señor, usted que entiende los negocios, ¿me aconseja que me dirija á un abogado?

—¡Á un abogado!—respondió Remonencq.—Usted sabe más que todos los abogados habidos y por haber.

El ruido de la caída de un cuerpo sobre el pavimento del corredor resonó en el vasto descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¡Dios mío!—gritó la Cibot, ¿qué es lo que ocurre? Me parece que es el señor el que ha caído.

Y empujando á sus dos cómplices, se volvió, entró precipitadamente en el comedor y vió á Pons en el suelo, tan largo como era, en camisa y desmayado. Entonces tomó al solterón entre sus brazos, lo levantó como á una pluma y lo volvió á meter en la cama. Cuando hubo acostado al moribundo, le mojó las sienes con agua de Colonia, lo reanimó, y cuando vió á Pons con los ojos abiertos, se puso en jarras diciendo:

—¡Sin zapatillas y en camisa, para morir! ¿Por qué desconfía usted de mí? Si es así, adiós, señor. Después de diez años que yo le sirvo y que empleo mis economías en curarle para evitarle disgustos á ese pobre señor Smuke, que llora como un niño, ¡vaya una recompensa! viene usted á espiarme. Bien hecho, Dios le ha castigado. Y yo que he hecho un esfuerzo atroz para cogerle en volandas y que me arriesgo á quedar inútil para toda mi vida! ¡Ah! ¡Dios mío! he dejado la puerta abierta.

—¿Con quien hablaba usted?

—¡Vaya una pregunta!—exclamó la Cibot.—¿Acaso soy su esclava? ¿Acaso tengo que rendirle cuentas? Si me aburre usted de este modo, lo dejo todo y le planto. Tendrá usted que tomar una enfermera.

Pons, asustado ante aquella amenaza, dió una idea á la Cibot de lo que podía intentar con esta espada de Damocles.

—Es mi enfermedad—dijo lastimosamente.

—Gracias á Dios—replicó la Cibot rudamente, dejando á Pons confuso y lleno de remordimientos, admirando la abnegación de su enfermera, haciéndose reproches y sin sentir el horrible mal que acababa de agravar su enfermedad al caer sobre las losas del comedor. La Cibot vió á Smuke que subía la escalera.

—Venga usted, señor, hay tristes nuevas, venga. El señor Pons se vuelve loco. Figúrese que se ha levantado desnudo para espiarme, y lo he encontrado allí tendido. Pregúntele usted por qué, y no sabe decirlo. Va mal... Yo no he hecho nada para provocar semejantes violencias, á no ser que le haya despertado sus ideas hablándole de sus primeros amores. ¿Quien conoce á los hombres? Todos son unos libertinos. He hecho mal en enseñarle los brazos, pues sus ojos brillaban como carbunclos.

Smuke escuchaba á la señora Cibot como si la oyera hablar en hebreo.

—He tenido que hacer un esfuerzo que tal vez me deje inútil para toda mi vida—añadió la Cibot fingiendo sentir vivos dolores y pensando en sacar provecho de la pequeña fatiga que había sentido.—¡Soy tan bestia! Cuando le vi en tierra, le cogí en brazos y lo llevé á su cama como á un niño. Pero ahora veo que he hecho un esfuerzo. No me encuentro bien... Me voy á la portería; guarde usted al enfermo. Voy á decirle á Cibot que vaya á buscar al doctor Poulain para mí. Preferiría morir que verme inútil.

La Cibot se cogió á la barandilla y bajó las escaleras haciendo mil contorsiones y lanzando gemidos tan planideros, que todos los inquilinos, asustados, salieron á sus respectivas puertas. Smuke sostenía á la enferma derramando lágrimas y explicaba la abnegación de la portera. Toda la casa y todo el barrio supo en seguida el rasgo sublime de la señora Cibot, que había hecho un esfuerzo mortal levantando en brazos á uno de los dos rompenueces.

Al volver al lado de Pons, Smuke le reveló el estado espantoso de la Cibot, y ambos se miraron diciéndose:

—¿Qué va á ser de nosotros sin ella?

Al ver el cambio que se había operado en Pons por levantarse, Smuke no se atrevió á reñirle; pero exclamó al saber la causa del accidente:

—¡Dichosas antigüedades! *prefeguigula quemaglas* que *pegdeg* á mi amigo. ¡*Desconfiag* de la *señoga* Cibot, que nos presta sus economías! Eso no está bien; *pego* es la *enfegmedad*.

—¡Ah! ¡qué enfermedad! Ahora siento que estoy cambiando—dijo Pons.—No quisiera hacerte sufrir, mi buen Smuke, —*Guñeme* á mí—dijo Smuke,—deja á la *señoga* Cibot tranquila.

El doctor Poulain hizo desaparecer en pocos días el peligro de que se decía amenazada la señora Cibot, y su reputación recibió en el barrio del Marais un lustre extraordinario con esta cura, que fué atribuida á un milagro. En casa de Pons atribuyóse el éxito á la excelente constitución de la enferma, la cual reanudó su servicio al séptimo día, con gran satisfacción de todos. Este acontecimiento aumentó en un ciento por ciento la influencia y la tiranía de la portera en el hogar de los dos solterones, los cuales se habían empeñado durante aquella semana y vieron que la Cibot pagaba sus deudas. La Cibot aprovechó esta circunstancia para obtener con gran facilidad de Smuke un recibo de dos mil francos, que decía haber prestado á los dos amigos.

—¡Ah! ¡qué buen médico es el doctor Poulain!—dijo la Cibot á Pons.—Le salvará á usted, mi querido señor, porque á mí me ha sacado de la tumba. Mi pobre Cibot me consideraba como muerta, y sin embargo, el señor Poulain se lo habrá dicho; mientras que estaba en la cama no pensaba más que en usted. «¡Dios mío! me decía, llevadme á mí y dejad vivir á mi querido señor Pons.»

—¡Pobre querida señora Cibot! Ha estado usted á punto de caer enferma por mi causa.

—¡Ah! sin el señor Poulain, ya estaría amortajada. ¿Cómo ha hecho usted sin mí?

—Smuke me ha cuidado—respondió el enfermo;—pero nuestra pobre caja y nuestra clientela han sufrido. No sé cómo ha hecho.

—¡Calma, Pons—exclamó Smuke,—la *señoga* Cibot nos ha *segvido* de *banquego*.

—No hable usted de eso, señor mío, son ustedes unos niños—respondió la Cibot.—Nuestras economías están bien cuidadas en su poder, pues son ustedes más seguros que el Banco. Mientras nosotros tengamos un pedazo de pan, la mitad será suyo. Pero no merece la pena hablar de esto.

—¡Pobre *señora* Cibot!—dijo Smuke marchándose.

Pons guardaba silencio.

—¿Creerá usted—dijo la Cibot al enfermo, al verle quieto—que en mi agonía, pues he visto la muerte muy cerca, lo que más me atormentaba era dejarles solos, entre gados á sí mismos, y dejar á mi pobre Cibot sin un centimo? Son tan poca cosa mis economías, que si le hablo ellas es únicamente por lo que atañe á mi muerte y á Cibot que es un ángel. ¡Oh! el pobre me ha cuidado como á una reina, y lloraba ya mi muerte. Pero yo, á fe que contaba con ustedes, y le decía: «¡Bah! Cibot, mis señores no te dejarán nunca sin pan».

Pons no respondió nada á este ataque *ad testamentum*, la portera guardó silencio, esperando una palabra.

—Yo les recomendaré á ustedes á Smuke—dijo al fin el enfermo.

—¡Ah!—exclamó la portera—todo lo que usted haga estará bien hecho. Confío en usted y en su buen corazón. Y no le aconsejamos más de estas cosas, porque me humillan, mi querido señor. Piense usted en curarse, que vivirá más que nosotros.

Una profunda inquietud se apoderó del corazón de la señora Cibot, la cual resolvió incitar á su señor á que se expresase acerca de los legados que pensaba hacerle, y como por mera providencia, aquella noche, después de darle de comer á Smuke, que lo hacía al lado de la cama de Pons desde que su amigo estaba enfermo, salió para ir á ver al doctor Poulain á su casa.

## CAPITULO XVII

### Historia de todos los comienzos en París

El doctor Poulain vivía en la calle de Orleans, donde ocupaba un piso bajo compuesto de una antesala, un cuarto y dos dormitorios. Un cuarto contiguo á la antesala, que comunicaba con el dormitorio del doctor, había sido

partido en gabinete. Una cocina, un cuarto para criada y una bodega dependían de aquella habitación situada en una de la casa, inmensa edificación construída bajo el Imperio, en el lugar ocupado por un antiguo palacio cuyo jardín asiste aún.

La habitación del doctor no había cambiado hacia cuarenta años. Las pinturas, los papeles, los adornos, todo descendía al Imperio. Un mugre cuadragenario y el humo de los fuegos habían marchitado los espejos, los bordados, los dibujos del tapiz, los techos y las pinturas. Aquella pequeña habitación situada en el fondo del Marais, costaba aún mil francos anuales. La señora Poulain, madre del doctor, de sesenta y cinco años de edad, acababa su vida en el segundo dormitorio y trabajaba para los calzoneros cosiendo polainas, calzadores de piel, tirantes, cinturones, en fin, todo lo que concierne á este artículo bastante decadente hoy. Ocupada en dirigir el hogar á la única criada de su hijo, no salía nunca fuera del salón. Viuda hacía veinte años, á la muerte de su marido había vendido sus existencias á su primer dependiente, el cual le daba bastante trabajo para que pudiera mantenerse unos seis reales diarios, y lo había sacrificado todo á la educación de su único hijo deseando crearle una posición superior á la de su padre. Orgullosa de su Esculapio de medicina, continuaba sacrificándose en sus éxitos, continuaba sacrificándose en su deber de cuidarle y de economizar para él, soñando en verse pronto rico y amándole con inteligencia, cosa que no saben hacer todas las madres. Así, la señora Poulain, que se acordaba de haber sido sencilla obrera, no quería perjudicar á su hijo siendo objeto de risa, y ella misma se escondía en su cuarto cuando por casualidad iban á consultar al doctor á sus clientes distinguidos, ó cuando iban á visitarle á sus compañeros de colegio. El doctor no había temido, que avergonzarse nunca de su madre, á quien venía á visitar y cuya falta de educación estaba perfectamente compensada con su sublime ternura. La venta de las existencias de su marido había producido unos veinte mil francos, y la viuda había empleado en papel del Estado, y los mil francos de renta que producían, componían toda su fortuna. Durante mucho tiempo los vecinos vieron en el cuarto de las ropas del doctor y de su madre colgadas en cuerdas la criada y la señora Poulain lavaban y planchaban